

Querido amigo/a:

Aunque no sé cuántos años tienes, me imagino que estarás de acuerdo conmigo en que esto ya no es lo que era. Me refiero a que nuestro mundo ha cambiado mucho. No sólo porque nos cambien el sistema operativo cada pocos años... hay cambios más radicales y más profundos.

Estos cambios –como no- han afectado a nuestra Iglesia. Ya no vivimos en tiempos de cristiandad, donde la presencia pública de la fe en todos los ámbitos de la sociedad aseguraba su transmisión, no exenta de ciertas coacciones e incoherencias que han dejado su huella de muchas personas.

Hoy vivimos una situación radicalmente distinta. No es la primera vez –ni será la última- que una comunidad de creyentes atraviesa una situación de crisis y cambio profundo. La primera lectura de hoy nos relata una situación similar, vivida por el pueblo de Israel, aquél pueblo que había llegado a sentirse grande y poderoso. Fíjate lo que dicen: “Ahora, Señor, somos el más pequeño de todos los pueblos... no tenemos ni príncipes, ni profetas, ni jefes...”. El golpe tuvo que ser tremendo...

Contra lo que pudiera pensarse, en esa situación de destierro, brotó algo nuevo y más “grande” que lo anterior: una plegaria más auténtica desde un corazón contrito, un talante renovado desde un espíritu humilde, una nueva búsqueda de Dios, un nuevo pueblo... un resto fiel, de una de cuyas mujeres –llamada María- nació Jesús. ¿Puede haber algo más “grande”?

Volviendo al presente, entre todas las incertidumbres, despunta una certeza: Dios mantiene su Alianza. Su sí a la humanidad permanece. Él no es de los que se echan atrás.

Y nosotros, ¿seremos capaces de mantener nuestro sí, haciendo ese camino por el desierto? ¿Estás dispuesto/a a caminar hacia el mundo nuevo que nos espera?

Una plegaria para ese camino: “Recuerda, Señor, que tu ternura y tu misericordia son eternas... El Señor enseña su camino a los humildes”.

Que tengas un buen día.

Tu hermano en la fe:

Luis Manuel Suárez, claretiano